



«Los ojos de la guerra»

REQUIEM POR GROZNI

Por Julio Fuentes

Miguel Gil fue uno de los escasos periodistas que reunieron suficiente valor para documentar la matanza que se consumaba en Grozni, un infierno cerrado al mundo sólo comparable a las grandes tragedias de la II Guerra Mundial. Las únicas equivalencias posibles a lo que sucedía en la capital chechena había que buscarlas en batallas épicas como Stalingrado. Una mañana, mientras estudiaba el mapa de Chechenia en el solitario comedor del hotel de Mazran, en la vecina Ingusetia, Miguel me confesó que Grozni siempre había constituido, incluso mientras trabajaba en Sarajevo, el desafío mayor de su carrera. Y lo era. Sólo pensar que debíamos ir allí para documentar la masacre, el exterminio de los últimos chechenos sobrevivientes de la anterior guerra te aceleraba el corazón. Pero si una ciudad en el mundo necesitaba periodistas, esa era Grozni. Una limpieza étnica de gigantescas proporciones se consumaba a 80 kilómetros de aquel solitario hotel, rodeado de precarios campamentos donde más de 300.000 refugiados civiles, que escapaban del horror de la ofensiva rusa, sobrevivían sin asistencia humanitaria en condiciones infrahumanas.

La conquista a degüello de Chechenia fue potenciada por un hombre llegado al Kremlin para suceder al decrepito Boris Yeltsin. Vladimir Putin, el ex coronel del siniestro KGB, intentaba con su política de tierra quemada evitar la secesión de la indomable república insurgente y devolver a Rusia el honor perdido en la anterior guerra (1994-1996), que los chechenos ganaron contra todo pronóstico. Una victoria que convirtió Chechenia en un reino de taifas gobernado por sangrientos señores de la guerra que hicieron del secuestro y el asesinato la principal fuente de divisas. El presidente Masjádov, elegido democráticamente en 1997, fue incapaz de controlar los excesos de los *taip* (clanes) chechenos.

Pero la medicina administrada por Rusia excedió con creces la enfermedad. Decenas de miles de civiles pagaron la venganza de Moscú. «Esperar la muerte es peor que morir», me confesaba una mujer que había soportado 60 días el frío, el hambre y el horror en un sótano. Marika reunió suficiente valor para huir de la arrasada capital, exponiéndose a los bombardeos de la aviación y la artillería rusa. Pero el precio de evasiones como la suya fue caro. La locura. Para comprender lo que pasó en su mente, y en las de otros muchos habitantes de Grozni, Alján Kalá, Urus Martán, Gudermés y decenas de aldeas, es necesario imaginar centenares de cañones y cazas bombardeando 24 horas al día con un ritmo obsesivo, inspirado por el deseo de venganza de los políticos de Moscú.

Frente a los 100.000 soldados y agentes especiales enviados al matadero del Cáucaso resistían un mínimo de 5.000 hombres y un máximo de 10.000. Su armamento no podía compararse al de Moscú, que puso toda la carne en el asador checheno hasta el límite de su potencia nuclear. Pero en la sangre chechena fluye la guerra desde la infancia. Adoran las armas desde la más tierna niñez. Su memoria histórica se limita a la represión. Los que decidieron combatir hasta el final carecían de aviación y su

armamento consistía en una abundante gama de armas semipesadas con escasa artillería superior a los 120 milímetros. Pero eran los amos de la noche, de la emboscada, de la resistencia al asedio, de los salvajes ataques relámpago a la bayoneta, gritando ¡*Alá Akhbar!* (Alá es grande) que aterrorizaban a los bisoños soldados rusos. Frente a ellos, Moscú desplegó baterías SAU, misiles Scud, helicópteros de asalto y cazabombarderos Sujoi de última generación. Divisiones completas de carros de combate cercaron ciudades y pueblos reduciéndolos a escombros. Grozni resistió heroicamente durante cinco meses. La capital fue demolida. Sobre Grozni no cabalgaban, como dijeron algunos, los jinetes del Apocalipsis, porque esa imagen bíblica no habría asustado ni a uno de los niños atrapados en el subsuelo de esta ciudad.

Para comprender por qué Marika perdió la razón hay que soportar sin respiro, como hizo Miguel Gil y un puñado de periodistas hechos de parecido material, los gritos de las familias consumiéndose en llamas, las ejecuciones a pie de tumba, la odiosa violación de mujeres, la ebria soldadesca matando. Las circunstancias del trabajo periodístico en Grozni eran extremas. Se convivía en refugios iluminados con velas. Los heridos y enfermos tosián toda la noche en medio de llantos, plegarias y bombas. La única vía posible de comunicación con el exterior eran los teléfonos vía satélite de los escasos reporteros presentes, la reportera de *Libération* Anne Nivat, el valeroso ruso Andrei Babitski, de Radio Liberty, o el propio Miguel. La gente suplicaba llamar a sus parientes tendiéndote papelitos con números indescifrables.

Recuerdo que Miguel se quejaba de que sólo podía captar fragmentos de la realidad. El rigor de los bombardeos y la intensidad de los combates aumentaban geoméricamente el riesgo de muerte. Pasabas horas intentando sobrevivir en los refugios, o rezando tu último Padre Nuestro a borde de un vehículo de la guerrilla lanzado a toda velocidad en medio de las explosiones o el ataque de los aviones. Al llegar a tu destino te embargaba una especie de somnolencia, como si tu cerebro quisiera borrar por higiene aquel terror continuo.

«PASABAS HORAS REZANDO TU ULTIMO PADRE
NUESTRO A BORDO DE UN VEHICULO DE LA
GUERRILLA EN MEDIO DE LAS EXPLOSIONES»

Las matanzas del mercado central de Sarajevo provocaron, demasiado tarde, la intervención de la OTAN. Pero la indescriptible masacre de civiles consumada el 21 de octubre de 1999 en el mercado de Grozni fue olvidada en pocos días. Aquel día, cinco misiles tierra-tierra provocaron 200 muertos y más de 300 heridos. Pude documentar el horror de aquella matanza en un atestado hospital de guerra. En una de las entreplantas de la escalera yacían dos niñas compartiendo camastro. Zuliján Asukánova perdió el brazo izquierdo cuando iba al mercado en

busca de su madre. Un costurón atravesaba su vientre. «No pienso en nada, sólo me pregunto de qué soy culpable, por qué me han castigado si aún no he cumplido los 15 años», me dijo llorando.

El asedio de Grozni no estaba sujeto a ninguna ley de guerra. El desprecio del Kremlin por las vidas de los 40.000 civiles que permanecían en los sótanos produce estupor. No podías dejar de pensar en aquella mentalidad genocida aun soportando los bombardeos bajo el subsuelo de la ciudad. La piedad o el derecho humanitario, como se entienden en Occidente, eran ajenos a los objetivos de la madre Rusia. Occidente proclamó su derecho a la intervención humanitaria en Yugoslavia, pero Chechenia es tierra intocable. Esta república del Cáucaso aún forma parte de la segunda potencia nuclear del mundo. Y Rusia ha advertido que nadie debe entrometerse en sus ajustes de cuentas. Por eso los gritos de Grozni son los gritos del silencio.

Trabajar en las entrañas de Grozni resultaba a veces imposible. El simple cruce de una calle para saltar de refugio en refugio solía convertirse en un indeseable desafío a la muerte. El bombardeo ruso se abatía sobre la capital de forma monótona y demoledora. Las explosiones más próximas te producían el efecto de un puñetazo en el estómago. Te vaciaba los pulmones de aire.

El 25 de diciembre de 1999 comenzó el asalto de Grozni. La suprema cita de sangre y metralla había comenzado para un ejército que admitía su falta de preparación y una guerrilla decidida a morir por la independencia. Los oficiales rusos de las tropas desplegadas en el suburbio Pervomáiskaya guardaban silencio en aquel turbio amanecer. Minutos después era necesario gritar para hacerse entender en medio del bombardeo. Los chechenos fieles a Moscú —medio millar— luchaban en vanguardia contra sus compatriotas en grupos de 18 hombres. Tras ellos se abrían paso carros de combate. Una nube de humo camuflaba la progresión de la infantería rusa hacia sus objetivos de la capital, que tardaron cuatro meses en conquistar a sangre y fuego.

Los jóvenes soldados rusos guardaban en los bolsillos la última carta a casa. Los sobres eran de color blanco con bucólicos dibujos de ciervos y montañas.

En su interior estaba escrito el último adiós. «Marcharemos a Grozni dentro de tres horas para combatir a los chechenos», me decía Mijaíl, un joven recluta que bebía vodka para soportar la impresión de la carta que había escrito a sus padres. «Papá y mamá, vuestro hijo menor siempre os amará. Rezad a los santos

por todos nosotros», decía la última frase. Unas tres horas después, Mijaíl fue lanzado al ataque. Dos días después, cuando preguntamos por él, sus camaradas nos informaron de que había desaparecido en combate. Tenía 18 años y había nacido en Múrmansk, a miles de kilómetros de Chechenia.

Grozni cayó con honor en febrero del año 2000. Jamás se rindió.

Este artículo forma parte del libro publicado en memoria de Miguel Gil, periodista asesinado el 24 de mayo de 2000